



El libro de  
**CARMEN  
LAFORET**

Vista por sí misma

EDICIÓN Y TEXTOS  
AGUSTÍN CEREZALES LAFORET

DESTINO

*El libro de*

CARMEN  
LAFORET

*Vista por sí misma*

EDICIÓN Y TEXTOS  
AGUSTÍN CEREZALES LAFORET

imago mundi

© De los textos de Carmen Laforet: Herederos de Carmen Laforet, 2021

© De la selección y preparación: Agustín Cerezales, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de la maqueta y las ilustraciones: The Social Vim Collective

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la cubierta: Silja Götz

© de la fotografía de la autora: Archivo familiar

Créditos de las imágenes:

Edificio de la Universidad de Barcelona. © Documenta / Album

Una calle de Madrid, h. 1946. © Paul Almasi / Akg-Images / Album

Manuscrito *Nada*: Colección privada

Foto de Carmen Laforet mayor con el gato: Clara Custodio Cerezales

El resto de las fotografías pertenecen al archivo de la familia Cerezales Laforet.

© Archivo familiar

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del *copyright* de todas las imágenes de esta obra, manifiesta la reserva de derechos y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-233-5984-4

Depósito legal: B. 9.986-2021

Impreso por Macrolibros, SLU

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Índice

Prólogo	11
Carmen Laforet. Bibliografía	14
I. Infancia	17
II. Juventud y libertad	87
III. Vivir y escribir	159
IV. Amor y amistad	247
V. Naturaleza y naturalidad	335
VI. Ser mujer	405
VII. Epílogo con espejos	477
Agradecimientos	501





I

# Infancia



1

**E**ncuentro sobre mi escritorio la carta de una amiga. Puedo decir que de esta amiga desconozco hasta su rostro, y sin embargo hemos jugado juntas un día de la infancia, un día cualquiera de los que yo pasé —de viaje— en Barcelona, y este día mi amiga no lo ha olvidado y tampoco yo.

No sé por qué en época de los cinco años, de los seis años prenden en nosotros jirones de las cosas, que luego sirven siempre de referencia a nuestras ideas. Lo que un patio de una casa barcelonesa es, aún hoy, en mi imaginación, quedó grabado aquel día único en que yo jugué con esta niña de Barcelona en el patio de su casa...

«Carta confidencial», revista *Destino*, 1949. Está publicado en *Puntos de vista de una mujer*, edición de Ana Cabello y Blanca Ripoll, Ediciones Destino, Barcelona, 2021.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Todos los artículos que aparecen con esta mención a la revista *Destino* pueden encontrarse en este libro.



## FUERA DEL TIEMPO

Quizá la infancia no empiece el día en que nacemos, sino el día en que empezamos a recordarla. Por eso nos preguntamos si, en vez de situarnos en Barcelona el día 6 de septiembre de 1921, no deberíamos irnos a algún momento a finales de los años cuarenta, en Madrid, que es cuando empiezan a aparecer en los escritos de Carmen Laforet los recuerdos de su niñez —en especial de su madre—, o a los años setenta, en Madrid o en Roma, cuando pergeña los primeros borradores de sus «Fantasmas familiares».

Todos los descendientes de Carmen (cinco hijos, quince nietos, veintitantos bisnietos hasta la fecha...) debemos gratitud al doctor Márquez. Un día que estábamos con su nieta Marcela, que aún no había cumplido los ocho años, Carmen empezó a contarnos el accidente que casi le cuesta la vida cuando tenía unos dos años y medio —quizá fuera la presencia de la niña lo que había suscitado sus recuerdos—. Relató que al llegar a la casa del campo en un día de mucho calor pidió agua, y una criada se confundió y le dio a beber directamente de una botella de aguafuerte. Bastó una gota para quemarle el esófago. Hubiera muerto si al salir su madre a la carretera, pidiendo auxilio, no hubiera pasado justo en ese instante un automóvil con «cinco doctores dentro», entre ellos «don Manuel Márquez, una buenísima persona. No sé si habrá muerto, pero rezo por él cada vez que me acuerdo...».

Vinieron luego las largas y dolorosas curas, el tiempo que tuvo que alimentarse mediante una sonda, la monotonía de las sopas y las papillas, tan aborrecidas, y la ilusión del día

en que por fin, a los cuatro o cinco años, pudo probar el pan... No escribió nunca esta historia, pero la contó más de una vez. En esta ocasión, al recuerdo preciso del nombre de su salvador siguieron otras evocaciones, algunas graciosas, como las sesiones de tarde en el cine, en el Pabellón Recreativo, un «barracón de pizarra» donde las niñas iban con las criadas. Tendría entonces entre cuatro y siete años. Para su decepción, las madres solo las dejaban ir cuando daban películas del Oeste, no «las de verdad, las de largos besos», que eran las que a ella le gustaban. Recordó incluso «la discusión de dos idiotas, que me indignaron porque se metían con el bueno cuando viene uno y lo tumba de un puñetazo: "Con otro actor eso no hubiera pasado", decían...». Le hacía gracia el entusiasmo, los gritos de la gente viendo aquellas películas, y años más tarde, en una escena de la novela *La insolación* (1963), en otro contexto y otro momento histórico, encontraremos un ambiente muy parecido...

A todos los niños les gusta oír la infancia de sus padres. Carmen, a petición de sus hijos, prometió un día dejar por escrito sus recuerdos «fantasmales». Solo alcanzó a redactar unos cuantos borradores, de los que ofrecemos algunos extractos en este capítulo, junto con otras citas relativas a la infancia, a la infancia en general y a la suya propia.



Carmen Altolaquirre y Segura y  
Eduardo Laforet Rodríguez Alfaro,  
los abuelos paternos.

## BARCELONA, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1921

*Nací en Barcelona, un seis de septiembre a mediodía. Me bautizaron en la catedral. La casa donde nací era la de mis abuelos, los padres de mi padre. Mi padre era el hijo mayor de mis abuelos, y yo la primera nieta. Según creo me recibieron con gran alegría. Hasta los dos años de edad viví en Toledo y en Barcelona. Mi padre era arquitecto y también profesor de dibujo en la Escuela Industrial de Toledo. Cuando pidió el traslado a Las Palmas (en la isla de Gran Canaria), mi padre, mi madre y yo nos marchamos allí. Allí nacieron mis hermanos, Eduardo y Juan, y allí viví yo desde poco antes de cumplir dos años, hasta poco antes de cumplir dieciocho.*

«Sabiéndose feliz», en *Sigue el rumbo*, Dalmau Carles, Pla, Girona, 1963. Se trata de un libro escolar.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Es uno de los pocos textos que escribió para niños, a petición de los editores.

## LOS DÍAZ

Mientras que los Laforet mezclaban en su sangre muy variados orígenes —sevillanos, vascos, franceses—, de los Díaz —le gustaba recalcar a Carmen— no se conocía más origen que el de la provincia de Toledo, en torno al pueblo de Carmena. El abuelo Juan José, aunque había estudiado para veterinario, guardaba una finca. Le gustaban los perros y la caza. Eran castellanos con «un inflexible sentido del deber», impronta de la cual Carmen siempre se sentiría orgullosa. Durante la guerra no hubo noticias de ellos. Después, en 1942-1944, Carmen encontrará en la casa de su tía Carmen —otra Carmen más—, en Madrid, el rincón hogareño y tranquilo donde pudo escribir *Nada*.



En Carmena (Toledo) hacia 1927. En el centro, Carmencita en brazos de su madre, que era la sexta de siete hermanos. A la izquierda, con Eduardito, su bisabuela Bernarda Recio (1832-1932), cuya longevidad hizo honor a su apellido. A la derecha, Mercedes Molina, su abuela. El niño de la derecha es el hermano pequeño de Carmen, Juan José. Los tres varones son sus tíos Toribio (con Juan José en brazos), Eduardo y Juan (el benjamín). Faltan el bisabuelo Toribio Díaz, el abuelo Juan José y las otras tres tías, Encarnación, Carmen y Rosa.



Teodora Díaz Molina, 1900-1934.

## TEODORA, LA MADRE

*Mi madre era toledana. Hija de una familia muy humilde, había hecho los estudios de primera enseñanza en la escuela de niñas pobres de unas monjas. Más tarde, obtuvo una beca para estudiar Magisterio. Mi padre la conoció como alumna en una época en que él, accidentalmente, dio clases de dibujo en la Escuela Normal de Toledo.*

*Mi madre no llegó nunca a ejercer su carrera de maestra más que con nosotros, sus hijos (al margen de nuestros estudios en el colegio), pero tenía el arte de enseñar, de interesar. La afición a la lectura —esa pasión devoradora de nuestra infancia y adolescencia— ella la plantó como una semilla en nosotros. Ahora recuerdo con cierto asombro que a nosotros nos divertían mucho las lecturas de los clásicos castellanos. Creo que fue uno o dos años antes de su muerte inesperada (murió el día en que cumplía treinta y tres años) cuando organizó las lecturas en voz alta en las sobremesas. Ella leía un trozo de El Quijote o de El lazarillo de Tormes y al final pasaba el libro a uno de nosotros para que leyésemos también uno o dos párrafos. Cada día era un capítulo el que leíamos. Como yo, que soy la mayor de mis hermanos, tenía trece años cuando mi madre murió, y como todos recordamos como algo estupendo estos ratos de lectura, creo que fue un experimento afortunado de educadora con arte el que ella hizo con sus niños.*

*Otros libros que ella nos leía —siempre a solicitud nuestra— eran los del naturalista Fabre sobre la vida de los pájaros y los insectos. Nosotros teníamos nues-*



tros cuentos infantiles, pero en casa había una buena biblioteca que siempre estuvo a nuestra disposición. Mi madre nos quitó el miedo o la pereza de leer todo lo que se nos antojase sin más limitación que nuestra mayor o menor comprensión del texto, según la edad.

Notas a Roberta Johnson, hacia 1976.<sup>4</sup>

Mi madre al casarse tenía dieciocho años; veinte al nacer yo —fui el primer hijo del matrimonio—, y treinta y tres el día en que murió en Canarias, que fue el de su cumpleaños. Yo la recuerdo como una mujer menuda, de enorme energía espiritual, de agudísima inteligencia y un sentido castellano, inflexible, del deber. Era una mujer de una elegancia espiritual enorme. Recuerdo también su bondad. Tenía el don de la amistad. En Las Palmas aún hay muchas personas que la querían y la recuerdan vivamente... Ella nos enseñó a mis hermanos y a mí la valentía espiritual de la veracidad, de no dejar las cosas a medias tintas, de saber aceptar las consecuencias de nuestros actos.

Introducción a *Mis páginas mejores*, Editorial Gredos, Barcelona, 1956.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Mecanoscrito enviado a su amiga con datos para su biografía.

<sup>5</sup> Es una antología de su obra, escogida y comentada por ella misma.

## EDUARDO, EL PADRE

El primer recuerdo real de mi vida lo sitúo en una casa de Toledo, y es la figura de mi padre, borrosa, haciendo gimnasia. Mi padre era un hombre deportista, de cuerpo bien proporcionado y fuerte. [...] Yo creo que de todo lo que le debo a mi padre, lo que más ha influido en mí es el gusto por la naturaleza y la vida. Mientras mi madre vivió, los gustos de mi padre dominaban en todas nuestras horas. A veces esto me causaba un fastidio inmenso. Él hacía que todos los habitantes de la casa nos levantáramos a los sonos de una marcha militar que ponía en la gramola, e inmediatamente mis hermanos y yo corríamos por el jardín detrás de su figura para hacer gimnasia. [...] Los chicos subían al trapecio como monos; yo remoloneaba furiosa, sintiéndome en ridículo, gruñendo antes de la ducha fría. Cuando años después mi padre dejó de poner en la gramola Los voluntarios y nosotros nos levantábamos según nuestro gusto o nuestros deberes, descubrí que madrugar es un placer de dioses. Siempre fui la primera en hacerlo, y aún hoy día es raro que yo no salga a la calle al amanecer para dar un paseo por las calles brumosas de invierno de la ciudad.

Introducción a *Mis páginas mejores*, 1956.

Le gustaban las armas, tenía una colección de ellas y había instalado en el jardín de nuestra casa un campo de tiro. Nos hacía participar en todas estas aficiones.

A mí a veces me obligaba y yo me resistía a esas imposiciones. Mi padre no comprendía que a mí no me gustaran las armas. Decía que no hay nada tan femenino como una «pistolita» en el bolso de una mujer. No sé de dónde habría sacado esa idea. En todo caso, yo hasta ahora no he llevado nunca una pistolita en el bolso. Mi feminidad falla en este sentido.

Notas a Roberta Johnson, hacia 1976.

Mi padre era un ser perteneciente a una familia de seres muy originales, y su personalidad llenaba la casa a veces de molestias, pero la llenaba [...]. Era arquitecto y le gustaba su carrera y tenía muy arraigado el sentido de la belleza, de las proporciones, de la plástica, de la luz y nos hizo fijarnos en estas cosas hasta sin querer porque no era en eso en lo que insistía con nosotros. Era, además de un hombre de carrera con vocación para ella, un deportista al antiguo estilo del deporte, por el placer de practicarlo y no por la simple competición, aunque tomó parte en muchísimas competiciones. Nuestra casa estaba llena de copas y trofeos deportivos: campeonatos de natación, de navegación a vela, de carreras ciclistas, de tiro al blanco. De tiro al blanco sobre todo. En mis tiempos mi padre fue campeón de España de tiro al blanco con pistola. Ser campeones de algo, claro, a mis hermanos y a mí nos parecía muy natural, casi obligado..., por fortuna existían muchas cosas a nuestro alrededor, muchos campos en que ejercitarnos y cuando algo que se nos indicaba como conveniente no nos gus-

Y antes de la prebistera  
papaytia Encarnación padre  
de Luis —



J. Garcia



BARCELONA

*taba, nos podíamos escapar de ello. Teníamos abiertas muchas puertas espirituales y físicas, esta es la verdad.*

«Tiempo libre y creación literaria», apuntes para una conferencia en la UIMP, 1971.



Eduardo Laforet Altolaquirre, futuro arquitecto y padre de Carmen, en la «prehistoria».

## PREHISTORIA: FANTASMAS FAMILIARES

Debió de ser a finales de los cincuenta cuando Carmen recogió, recortó y pegó en una serie de álbumes las fotos que había podido conservar a lo largo de su vida. Al comienzo del primero, donde pegó las fotos de padres y abuelos antes de que ella naciera, lo tituló «prehistoria». Quizá fue entonces cuando empezó a pensar en escribir algún día sus «fantasmas». En marzo de 1968 le escribe a su amigo Sanz de Soto en una posdata: «Desde hace un poco de tiempo descubro que los orígenes familiares tienen cierta importancia. Y de pronto estoy contentísima de que entre mis locos parientes (hasta donde alcanza el recuerdo) no haya ni uno (entre los ascendientes, claro) que sea burgués-burgués mezquino. Locatis, sí. Generosos, descuidados, pobres, ricos, inteligentes, tontos, pero ninguno de ellos perteneciente a una de las dos Españas que secan el corazón: hasta los Zumalacárregui, tíos carnales de un bisabuelo mío, fueron dos héroes: ¡pero uno carlista y otro isabelino...! Y soy descendiente de eso: héroes y ladrones. Marquesas (otra bisabuela que se casó a los cincuenta años ¡y tuvo un hijo!). Y criadas de servir... Gentes de carrera y obreros. ¡Una mezcla estupenda! No hay complejo que valga».

*Las pocas veces que recuerdo mi infancia (soy persona antinostálgica) recuerdo como una época luminosa la temporada —de muchos meses— que pasó la abuela Carmen con nosotros. Sus cabellos blancos, su disfrute de la vida, su paciencia con los niños, el gran amor que se tenían ella y mi madre y sobre todo los cuentos de mi*

abuela. Los cuentos que le pedía yo insaciablemente y que no se parecían a ningún cuento que pudiera contar otra persona porque eran recuerdos de la infancia de mi abuela en Sevilla, personajes que habían existido en su vida, fantasmas familiares... Muchos años después volví a oír cosas sobre estos fantasmas.

«Fantasmas familiares» (borrador), hacia 1970.